

nada Carmela y Antuco, ese hijo transhumante que le sigue las aguas.

Eduardo Barrios, el experto analista de almas urbanas, para no repetirse y para ampliar sus predios artísticos, se fué al campo, allá vivió y observó durante varios lustros, para regresar ahora con esta novela de quinientas páginas que prueban que el criollismo rural puede ser un género superior y leíble en otras latitudes. Por lo demás, ya lo había dicho un ruso: «Pinta bien tu aldea y habrás pintado bien al mundo».

Por su parte el doctor Clarés en «Psicogénesis del Arte» puntualizaba: «Todo artista verdadero, en cuanto termina de realizar una obra la considera inútil; y, preso de una «eterna insatisfacción», empieza otra nueva». Es el caso preciso de Barrios, quien después de cruzar la sesentena y de haber recibido muchos laureles, continúa en la brecha. ¡Hermoso ejemplo!

Con «Gran Señor y Rajadiablos», su autor ha remachado su postura de clásico militante de las letras sudamericanas; y por eso, porque ya nadie de buena fe osaría discutirlo, creemos que es merecedor de cualquier galardón otorgado fuera de nuestras fronteras.—EDMUNDO CONCHA.



<https://doi.org/10.29393/At281-18GSSG10018>

«GUAUGUAU Y SUS AMIGOS», de *Luis Durand*

No es frecuente en nuestra literatura tratar temas destinados a concitar el interés de los niños. No es tampoco acostumbrado que lo haga bajo su firma, un nombre ya definitivamente consagrado.

Sabe el escritor que está expresamente envuelto por un muro de incompreensión, incultura, falta de sensibilidad o necio orgullo, que a priori ha emitido su juicio sobre lo «trascendente» o «intrascendente». Lo calificado unilateralmente de «trascendente» es revestido con un halo de grave respetabilidad y es

un plato reservado para los hombres graves y tercamente empeñados en su sabiduría.

Existe un afán, un prurito, de mirar la vida desde un plano de seriedad tremenda, que excluye de nuestras preocupaciones, de nuestros afectos, el mundo maravilloso de los seres ajenos a nuestra condición humana que nos rodean. A este mundo, el hombre volvió deliberadamente las espaldas, subyugado por la violencia estrepitosa de sus luchas, de sus éxitos y de sus problemas cotidianos, que progresivamente le van llenando el alma de tedio, amargura y desolación. Camina muy aprisa, «sin tiempo para mirar el paisaje». Cegado por el orgullo de su poder material y por el estanco inagotable de su potencial creador, no se detiene sino cuando su olfato, ya muerto para los olores de la naturaleza y su oído inerte para captar la incomparable sinfonía de sus ruidos, pero siempre alerta para descubrir nuevos filones que lleven hacia las fuentes bastardas, en que la crematística impera con sus leyes implacables, le dice que allí, en el tintineo y brillo de las monedas, está la verdadera música y la esperanza de esta época. Allí está, como un deslumbramiento para perturbar la visión y extraviar la sindéresis. Como si la vida no ofreciera otras compensaciones y el espíritu, a pesar de todo, no fuera aún la luz más honrada. Porque la vida, sin esta llama inextinguible, y sólo con su estruendo no es más que «el relato estrepitoso de un imbécil que nada significa».

A tale

Told by an idiot, full of sound and fury,
Signifying nothing.

(Shakespeare-Macbeth).

A este mundo feérico de la naturaleza, en que están engastados como preciosas joyas sus seres alados y sus múltiples variedades zoológicas, prodiga Luis Durand, su rica fantasía creadora, el valioso aporte de su fecunda experiencia campesina y la

inagotable bondad de su corazón. Su libro «Guauguau y sus amigos», dedicado a sus pequeños camaradas Waldo y Arturo Palma Leblanc, con la misma tierna intención que Lewis Carroll escribiera «Alicia en el País de las Maravillas», para una de sus amiguitas, es un acierto poético y literario.

Con la maestría de quien por muchos años logró connaturalizarse con la vida palpitante y fascinadora del bosque y el campo chilenos, penetra Durand en la «mansión verde» para narrar sus secretos, despojado del móvil severo y catedrático del ornitólogo o del naturalista, que con acucioso empeño y envidiable dosis de paciencia, pretenden agregar nuevos capítulos de sus rígidas observaciones a los textos de estudio para posterior tortura de los niños. Tampoco va armado de la solapada intención del fabulista, que farisaicamente encubre sus opiniones políticas, sus prejuicios, su pedantería o sus terribles convicciones filosóficas, bajo la indefensa pluma del ave o la sedosa piel del manso cuadrúpedo, ajenos a la explotación literaria de que son objetos.

¡Oh el fabulista! ¡Cómo ha prostituído el dulce y multicolor reino alado y la inocencia paradisiaca de los mamíferos, que no obstante estos atentados alevosos siguen sobre la tierra su trayectoria inmutable, sin los problemas angustiosos que deforme el alma del jefe de todas las especies: el Hombre, que es también su enemigo más implacable!

Ni naturalista, ni fabulista, pero con un cabal conocimiento de las costumbres de nuestros hermanos de las especies que llamamos inferiores. Durand es en «Guauguau y sus amigos», el hombre de tierna sensibilidad e inagotable bondad que conocemos a través de su obra literaria y de su vida diaria. El mismo, cuya sabrosa charla, fluye como un fresco y rumoroso manantial cuando recuerda las cosas del campo. El mismo cuya fina ironía encuentra siempre inéditos motivos de expresión en los relatos de las mil incidencias que matizaron su largo tránsito por el campo chileno y que guarda, como fértil acopio, su despierta memoria y la inalterable mocedad de su corazón.

En «Guauguau y sus amigos», Durand es el poeta que se introduce amistosamente en la vida de los pequeños animales domésticos, que acompañan al hombre desde los comienzos de la historia y en la de los seres montaraces, que aún se mantienen en plena fronda y que han rechazado sistemáticamente, por sospechosos, la interesada caricia de la amistad humana. Con ellos, con sus trinos y gorjeos deliciosos o sus ladridos y gruñidos cacofónicos, agita el bosque y exhibe en pasajes de acendrado lirismo, toda una vida rumorosa y feliz, grato mensaje para grandes y pequeños.

Sobre todo, queremos destacar la delicadeza con que Durand ha tratado un tema que, como dijimos, no tiene virtualmente cultores entre nosotros, y la efusión de su cariño por los animales.

Hay, en realidad diversas formas de amar a los animales y a los pájaros. Hay una, que llamaremos cruenta, casi común a todos los pueblos latinos (sic), que es tan apasionada que generalmente culmina después de una jornada de caza, en un guisado humeante. Hay otra, la del dilettanti o la del filisteo, como dice Hudson, que sólo se manifiesta y no se detiene sino cuando logra atrapar a uno de estos seres y lo enclaustra entre los alambres odiosos de una jaula o de los barrotes acerados de un zoológico. Hay, finalmente, el amor contemplativo, que se satisface en un inefable goce estético, sin ánimo de conquistas: es el amor del poeta y del hombre de corazón limpio y despierta sensibilidad, que prescinde del deleite culinario.

Afortunadamente, para Durand, estos seres no son blancos movibles para «amarlos» detrás de la mira de nuestra escopeta. Ya lo saben sus amigos, sus pequeños amigos y compatriotas.

Como lo hicieron W. H. Hudson y Selma Lagerlof, especialmente, en sus respectivos países, Durand ha dado jerarquía en nuestra literatura a un tema de incomparable belleza.—S. G. M.